

Rafael Landívar y el sentimiento integrador en Nueva España

Por Saúl SIBIRSKY

El poema *Rusticatio Mexicana* (Módena, 1781; edición aumentada, Bolonia, 1782) es una de las obras más extraordinarias de la rica literatura de los jesuitas expulsados de la Colonia durante la décima generación hispanoamericana. Le penetra una añoranza y cariño por la tierra mexicana que representa magníficamente el dolor propio y el de los compañeros religiosos de Landívar:

“Confieso que debería velar mis entrañas de enlutado peplo y derramar amargas lágrimas; pues mientras florezcan los prados y alumbren las estrellas, mi espíritu y mi pecho siempre serán presa de profundo dolor. Mas aunque estoy obligado a esconder la pena, es lícito al sufrimiento arrancar recatados suspiros del corazón. Mas ¿a qué conduce desahogarse con ellos? Ascenderé a la alta cumbre del Pindo escarpado y suplicante invocaré al inspirador de las musas; pues, a veces, el corazón dolorido ambiciona consuelo.”¹

El poema es la mejor obra de los jesuitas expulsados. No es mera imitación de Virgilio sino una vívida descripción de la naturaleza mexicana, en la que la poesía llega frecuentemente a una depuración por la cual la imaginativa recreadora del desterrado crea cuadros descriptivos de admirable belleza y poesía; tiene pasajes en los que se acerca a la llamada poesía pura. Cronológicamente, Landívar se sitúa entre la *Grandeza Mexicana* de Balbuena y “El cultivo de la agricultura en la zona tórrida” de Andrés Bello; a ambos autores los supera en la compenetración con la naturaleza y por la amplitud del plan de la *Rusticatio Mexicana*. En cuanto al título del poema, Octaviano Valdés sugiere una traducción que es probablemente la más adecuada, *Por los campos de México*, y que refleja la añoranza y el enciclopedismo naturalista, el primitivismo y la compenetración con el sector rural de México:

“‘Rusticatio’, bien si significa hacer vida de agricultor, quiere decir también salir de la ciudad a solazarse en el campo, a veranear. El moderno ‘turismo’ —sin el sabor plebeyo que le ha dado la superficialidad andariega— se acerca bastante a esta segunda idea que expresa ‘Rusticatio’. Landívar la usa no en el primer sentido sino con la amplitud de la segunda acepción. Por lo cual, a falta de un equivalente castellano que traduzca la idea cabal de ‘Rusticatio’, creo que el título: *Por los campos de México*, sugiere dicho significado con bastante aproximación.”²

Lo que destaca de inmediato a la obra es la captación de la naturaleza mexicana. La descripción se circunscribe a la fauna y la flora; cada elemento surge magnificado por su belleza y atributos, y la naturaleza se desborda así por su riqueza y sus matices. Sirva de ejemplo la descripción del *centzontle*:

“Juega asimismo el *centzontle*, príncipe de las aves, desconocido en el Viejo Mundo, singular por la rareza de sus variados sonidos, el más elocuente, pues simula las voces del hombre, las de otras aves, el ladrido de los perros y hasta la melodía de quien acompaña un canto pulsando las cuerdas. A veces canta a compás, otras imita al milano devorador, o bien maúlla, o reproduce el toque vibrante del clarín, ladra festivo, llora, pía. Prisionero en la jaula se complace en revolotear cantando, en unir melodiosamente los días y las noches insomnes.”³

Además, la tierra, sentida desde la pupila objetiva pero amorosa del escritor, se perfila como hogar del hombre y abastecedora de la humanidad. Se conforman así, en una mente americana, los contornos de un México elemental y puro, al que Landívar idealiza al no destacar las instituciones políticas y económicas que impedían la consecución de una vida perfecta:

“Embellecen también la pradera con la policromía de las flores, mezclando las violetas y caltas, los lirios y nardos, que prestan a la montaña el decoro de florido tapiz en su res-

pectiva estación. Solamente la reina de las flores entre zarzales emponzoñados, sus encendidos pétalos mantiene siempre rivales de la luz de cada día, hermoheando la pradera con el don incansable de su flor. Solicita la gente acude a las laderas meridionales a cosechar de los árboles los frutos que, la tierra ardorosa, fértil por su rica humedad produce con largueza, admirablemente cobijada de negra sombra. De este modo el indio recogía por su mano melones, ciruelas, cidras, nueces y otros frutos innumerables, y se enriquecía con el asiduo rendimiento de la pródiga tierra.”⁴

El hombre se destaca magníficamente sobre el mundo natural; su trabajo cotidiano es una gesta heroica y diestra, que el poeta refleja en su obra por medio de un impresionismo que resalta hasta el mínimo detalle cada rasgo del hacedor de cultura:

“... corta a cuchillo las puntas de la madura caña, con las cuales prepara la verde pastura a los novillos cansados. Tronchan luego, repitiendo el corte, otro pedazo, y lo clavan en el suelo surcado, como anteriormente la semilla; pero no plantando derechas estas cañas, conforme se acostumbra hincar muchas veces los retoños en los huertos, sino tendidas en el campo... Agrupan después las puntas uniendo los cañutos cortados con otros. Así como el capitán forzado por el riesgo de la pelea dispone sus falanges bronceadas con admirable pericia, sagaz, las divide y aprieta en grupos de a tres.”⁵

Uno de los aspectos más novedosos de *Por los campos de México* es la sociedad humana vista como mundo estable; un cierto primitivismo que describe solamente al sector campesino, rústico, mexicano. Es como si Landívar estuviera atendiendo a la realidad numérica y geográfica de la sociocultura que describe, y por ello solamente aparece dedicándose al hombre del campo, al indio trabajador de las tierras y al negro de los ingenios de azúcar. En ese sentido el poema, conjuntamente con la historia de Clavigero, es un jalón impercedero de las letras hispanoamericanas, en la constante del concepto de libertad. Por debajo de los patrones de la cultura conquistadora, a lo largo de los siglos coloniales, y también durante el siglo XIX, la inmensa mayoría de los mexicanos, enjuiciada según los objetivos y puntos de vista del sector poseedor, vivía la realidad de la lucha diaria por la subsistencia, dentro de un ambiente natural:

“La raza india, por el contrario, hecha a los rudos trabajos, ni palidece afeminada bajo las heladas lluvias, ni teme al sol cuando flamea su quemante antorcha. De aquí que, imperturbable, soporta todos los eventos temibles: la luna, el sol, la lluvia, el frío, el calor; y vigile sin descanso, noche y día, ahuyentando de los albeantes gusanos a los perniciosos enemigos. Ímproba labor ciertamente, pero acreedora de crecida ganancia.”⁶

Estos rasgos reflejan una realidad cultural que quizá explique parcialmente el por qué pensadores europeos no hayan querido considerar a la cultura de Hispanoamérica como representante adecuada de la cultura occidental. En este sentido, *Por los campos de México* da una respuesta a la queja de Leopoldo Zea:

“¿Cuál fue la respuesta del Occidente a este afán de occidentalización de Iberoamérica? La respuesta fue semejante a la que dio al mismo afán en Rusia y España: el rechazo absoluto... Los esfuerzos realizados por Iberoamérica por arrancarse de ese pasado que le situaba fuera de la marcha del progreso... no le fueron reconocidos. Iberoamérica siguió siendo tierra de barbarie a la que sólo el Occidente podía redimir sometiéndola.”⁷

La exaltación de los detalles, la nobleza del habitante y la belleza y prodigalidad de la tierra integran un mundo idílico, combinación lírica de la evocación del desterrado y de sus esperanzas acerca del futuro de esa utópica tierra de promisión.

Landívar se anticipa a Andrés Bello, a la generación romántica argentina, a Rodó y a la pléyade de los pensadores de América Latina, y también les supera al ceñirse a la realidad humana de su sociocultura. Comienza desde las raíces y canta hasta a los juegos de gallos.⁸ Landívar da una lección de mexicanidad y se dirige constantemente a la juventud mexicana, y a la americana. Canta a la naturaleza de Hispanoamérica y a sus conglomerados humanos, embellecidos por sus cualidades internas y por la maravillosa naturaleza americana:

“La rica América, que extendida por regiones inconmensurables hacia el rumbo de la gélida Osa, prolonga sus tierras elevándose en cordilleras o en algún monte solitario en medio de la llanura . . . Pero sobre el campo, el río y las montañas, en medio del valle reina Tepic, cuyo nombre egregio vuela hasta los astros al favor de la fama. No se distingue por la suntuosidad de altivas moradas, ni se envanece de columnas talladas en mármol pario, ni de templos vetustos, deslumbrantes por donde quiera con el rutilar de las gemas. El pueblo, sin embargo, habita casas dignas de loa por su adorno mo-

el tratamiento científico de los metales que se extraían de las minas mexicanas,¹² y a los castores como si fueran una sociedad humana.¹³

En el preámbulo al lector revela que tiene conciencia de haber escrito de asuntos que no se habían tratado antes:

“Pero es de temerse todavía si no sudé en vano, sin haber satisfecho el deseo de los que, aun en asuntos por naturaleza difícilísimos, no quieren gastar ningún esfuerzo. Mas de consuelo sírvame lo que sobre esto contó Golmarío Marsigliano: ‘Oh, cuán difícil es hallar vocablos y descubrir metros, en asuntos totalmente nuevos.’ Con frecuencia (ya desde ahora lo presiento), me faltarán las palabras y a menudo el ritmo se rebelará contra las voces.”¹⁴

El conocimiento y fomento del enciclopedismo natural fue adoptado tempranamente por los jesuitas. Es muy posible que el mensaje aleccionador a la juventud mexicana sea resultado no sólo del amor por México sino también de la idea de progreso de la Ilustración. Ambas cosas se integran, y del men-



“una vívida descripción de la naturaleza mexicana”

—José María Velasco

desto, y frecuenta templos embellecidos con las ofrendas constantes. Mas la naturaleza con un prodigio sin par suplió las piedras preciosas, el oro fugaz y el lujo de las casas.”⁹

Hay un oscuro deseo, por parte de Landívar, de encaminar a la juventud mexicana hacia el interior, para compenetrarse con su propia realidad nacional. Los últimos versos del poema resumen todos los motivos de *Por los campos de México* y se dirigen a la nueva generación. Es muy posible que Landívar estuviera aconsejando el conocimiento de las luces, del enciclopedismo natural, para que en la recorrida por las tierras propias se llegara a conocer al indio rural y se encontrara en él las raíces de la nacionalidad:

“Aquí tienes, juventud que floreces con el fervor de la primera edad, a quien la naturaleza concedió gozar un clima benigno, deleitar el oído con las aves y contemplar sus bandadas disparándose a través del espacio con sus alas policromas, y a quien vastamente el campo ofrece verde esplendor de balsámicos gramales, siempre deslumbrando de flores; aquí tienes los cantos con que me esforzaba en engañar las penas torcedoras y los ocios, a las orillas del impetuoso Reno. Aprende a estimar en mucho tus fértiles tierras, a explorar animosamente y a investigar con paciente mirada las riquezas del campo y los excelentes dones del cielo . . . Mas tú, que posees gran agudeza de entendimiento despojándote de las antiguas ideas, vístete ahora con las nuevas, y resuelto a descubrir sagazmente los arcanos de la naturaleza, ejercita en la búsqueda todas las energías de tu ingenio, y con gustoso trabajo descubre tus riquezas.”¹⁰

Es evidente en Landívar la cosmovisión de un hombre del siglo XVIII. Hasta se aprovecha del poema para aconsejar mejores métodos para el cultivo del azúcar;¹¹ pinta la heroica forja del minero, explayándose en la descripción minuciosa de sus métodos de trabajo y de los instrumentos usados. Describe

saje que es todo el poema, se desprende que México es la tierra de “la promesa”.

Landívar era guatemalteco, y dedica *Por los campos de México* a la ciudad de Guatemala. Sus palabras revelan su amor por ella y su añoranza:

Salve, patria querida, dulce Guatemala, salve . . .
Cosas, siempre para mí, todas ellas nutricias de patrio amor y alivio en la adversidad.¹⁵

Explica en el preámbulo que el poema se refiere en especial a los campos mexicanos, y que ha intitulado la obra *Rusticatio Mexicana* porque en Europa eran conocidos por ese nombre todos los territorios de la Nueva España, a pesar de sus diversidades.¹⁶ En la cosmovisión de Landívar, por tanto, el amor patrio por Guatemala y por México no se resienten en absoluto. Para nosotros, el poema en latín de Rafael Landívar representa un legado impercedero para La Promesa del Norte, de la que provenía, y para La Promesa del Sur.

¹ Rafael Landívar, *Por los campos de México*, versión española de Octaviano Valdés (México: Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1942), p. 8.

² Octaviano Valdés, en *Ibid.*, p. xxv.

³ Landívar, *Ibid.*, p. 15.

⁴ *Ibid.*, pp. 40-41.

⁵ *Ibid.*, pp. 110-111.

⁶ *Ibid.*, p. 56.

⁷ Leopoldo Zea, *América en la conciencia de Europa* (México: Los Presentes, 1955), p. 158.

⁸ Landívar, *op. cit.*, p. 200.

⁹ *Ibid.*, pp. 212-213.

¹⁰ *Ibid.*, p. 215.

¹¹ *Ibid.*, pp. 115-116.

¹² *Ibid.*, pp. 103-104.

¹³ *Ibid.*, pp. 71-84.

¹⁴ *Ibid.*, p. 6.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 3-4.

¹⁶ *Ibid.*, p. 5.